

# Día 8 de Marzo: Retrato de mujer sin rostro

POR CONSOLACIÓN GONZÁLEZ RICO



Son las siete en punto de la mañana. La alarma del despertador se empeña en arrancarte de un sueño profundo. Pero tú no duermes. Desde hace rato, tienes los ojos prendidos al dibujo azulado de la ventana; las preocupaciones también.

Alargas la mano hasta la mesilla de noche, coges el móvil y dejas que la voz de Miguel Ríos, como cada amanecer, inunde la penumbra de notas que avivan tu cuerpo y tu ánimo:

*Despierta, empieza a amanecer,  
la noche, el día deja ver...*

Te costó meses que tu hijo pequeño, el que ahora acaba de cumplir los veintitrés y aún no ha traído el primer sueldo a casa; el mismo que amanece pegado a Internet hasta juntar las noches con los días, te cambiase aquellas estridencias monorrítmicas, que te aceleraban el corazón, por esta canción de tu ídolo de quinceañera que habla de despertares.

Quién te iba a decir entonces, cuando soñabas con príncipes azules, llegados a tu casa a través de las ondas para acariciarte con acordes de guitarras eléctricas, que cuarenta años después, sólo te quedaría una réplica de cali-

dad dudosa en la alarma de tu móvil.

*Despierta, no te quedes ahí,  
que ahora es tiempo de vivir...*

Pulsas la pequeña pantalla e interrumpes el estimulante reclamo. Te incorporas despacio y pones los pies en el suelo. Vaya... ¡ahora una llamada! Es tu hija. La segunda de los tres. «Mama», que ya tengo a éste dando guerra. Prepárate rápido y ven a recogerle... Y con la rapidez de la orden recibida, te diriges al cuarto de baño.

Tienes ojeras, el pelo enmarañado y una raya blanca en mitad de la cabeza. Antes de la muerte de Juan, ibas a la peluquería una vez al mes. Pero los tiempos han cambiado, y tu exigua pensión de viudedad no hace milagros. Pasas cuatro minutos por la ducha, y en menos de diez, ya estás delante del ascensor empujando el cochecito en el que portearas a tu nieto.

Le has dejado en la guardería y dispones de cuatro horas para arreglar la casa de tu hija y la tuya, hacer la compra y la comida para las dos, lavar, secar y planchar la bolsa repleta de ropa que te ha dejado junto a la puerta. A ver si te lo vas a dejar aquí, «mama», que últimamente no

sé dónde tienes la cabeza, te advirtió cuando te llevaste al niño.

Tras las idas y venidas de tarea en tarea, pasas a recogerle. Una locura, esta vida que llevo, piensas mientras cambias el pañal al pequeño antes de dormirle.

Pero él te mira con los ojos como platos; ya trae su dosis de sueño puesta. Y tú te desmoronas en el sillón y mueves el carrito como si te hubiesen dado cuerda. El niño llora; quiere que le cojas en brazos. ¡Calla a ese niño, «mama»!, truena la voz cavernosa de tu hijo, para quien la noche sigue a las dos de la tarde. Inútil decirle que se acueste a su hora; nunca te hace caso...

Te duele el brazo de mecer al pequeño, pero ya tienes tu recompensa; al fin duerme como un angelito. Has de aprovechar el rato de calma —que no será mucho— para comer, fregar los platos, y planchar el traje al *durmiente*; acabas de ver una nota encima del microondas donde te dice que tiene una entrevista de trabajo a las cinco. *A ver si quiere Dios que hoy ocurra un milagro*, murmurabas moviendo la cabeza. Pones la alarma del despertador. Que te avise Miguel Ríos, que con tantas cosas se te va el santo al cielo; tu hija va a tener razón.

*¡Otra vez el teléfono!* Vuelas a coger la llamada; de momento, mejor que tío y sobrino sigan dormidos.

Es tu hijo mayor. Tiembles. Siempre que te llama, te deja una sombra de preocupación entre las cejas.

—«Mama», tengo que darte una noticia mala y una buena—te suelta a bocajarro.

—Pues empieza por la mala—le dices temerosa.

—Ya sabes que este mes se nos acaba el paro... Y con los cuatrocientos del subsidio, imposible pagar el alquiler del piso... Que dice Nuri que si podemos meternos unos meses en tu casa... hasta que esto se arregle.

¿Cómo vas a negarte?

—No hace falta que lo diga Nuri, hijo. Donde comen dos, comen cuatro... dices con voz abatida. ¿No vas a darme la buena?

—Pues que hoy le han hecho una eco a Nuria y... ya sabes las ganas que tenía ella... ¡que trae mellizos, *mama!*

*Despierta y mira la explosión,  
que nace un nuevo sol...*

Dos soles. Una bomba, en medio del pecho. No sabes si reír o llorar; ¿Qué vas a hacer ahora? En tu cabeza salta el dueto de llantos y pañales, las quejas de tu hijo menor, acomodado a su pequeño paraíso, las voces entre los dos hermanos, las protestas de tu hija, quien sin duda saldrá perdiendo... Y hasta el ruido de la cartilla en el cajero, vaciándose cada mes hasta la última gota. Tienes los ojos cerrados y has perdido la noción del tiempo. Los acordes de la guitarra de Miguel Ríos te avisan de que ya son las cuatro y media. No has planchado la chaqueta de tu hijo. Te encoges de hombros. *Con la que está cayendo, ¡qué importancia tiene una arruga de más!*

CONSOLACIÓN GONZÁLEZ  
RICO ES ESCRITORA